FL 33 20

Damos paso ahora al tiempo que la UNED dedica a filología. El espacio de hoy, 30 minutos aproximadamente, va a estar dedicado a latín. El tema concreto que nos va a ocupar es la lengua de la poesía latina.

La profesora María Luisa Rivas del Departamento de Filología Clásica de la UNED se encargó de preparar este espacio en el que participa Pilar Usabel, profesora también del Departamento de Latín. La vieja retórica ya se había planteado el problema de las peculiaridades que el lenguaje poético presenta. Ha habido distintas posturas.

La más generalizada es que, si bien el lenguaje literario no forma un sistema distinto del de la lengua, entendiendo lengua en el sentido sosireano, funciona de una manera peculiar. Esta peculiaridad consistirá en una forma especial de desarrollarse la comunicación, un sistema semiótico, sistema social de signos que funciona con el lenguaje como sistema significante, o una creación de signos y convenciones en contra de los usos del lenguaje, no del sistema lingüístico. La lengua poética, prescindiendo de su expresión métrica, aparecería relacionada con las formas lingüísticas de la prosa literaria del mismo pueblo y, mediante su confrontación con ésta, se podrían reconocer sus particularidades y características propias.

No es raro que algunas formas expresivas ajenas a la prosa literaria coincidan con la lengua del uso y que, en ocasiones, se haya producido un simple proceso de préstamo de la lengua popular a la lengua poética, aunque esto no es muy frecuente y, la mayoría de las veces, existe una aversión por ambas partes. La lengua poética parece que sería, pues, una rama lateral del árbol de la lengua cuya existencia tiene desde la antigüedad una tradición propia. Sus características podrían resumirse en la constancia de la forma lingüística dentro de los géneros literarios y en la aceptación de los modelos, la imitatio, considerada como una virtud y un derecho.

Es más, casi como una ley. Incluso la constancia de las formas lingüísticas en lo interno de los géneros literarios es, en el fondo, sólo un efecto secundario de la imitatio de los modelos. Aplicando al latín todo lo que acabamos de decir y fijándonos ya concretamente en esta lengua, podríamos preguntarnos si esta lengua poética latina, caracterizada como forma especial con relación a la lengua de la prosa, constituye en sí una unidad.

La cuestión se plantea acerca de cómo se ha llegado a esta forma especial que caracteriza la lengua poética y la separa, en su confrontación, de la lengua de la prosa clásica de Cicerón. El problema nos introduce, evidentemente, dentro de la historia de la literatura. Para poder evaluar la lengua poética latina de la época de Augusto y su distanciamiento de la prosa clásica, debemos fijar nuestra atención en la tradición literaria, es decir, en los estadios iniciales y en los modelos, si bien sólo de una manera imperfecta conocemos esa lengua poética latina de la época arcaica, a partir de la cual se han desarrollado las formas de la edad de Augusto.

Además, hay que señalar que junto a este desarrollo interviene en lo externo una constante influencia griega, desde Livio Andrónico hasta Horacio y Ovidio, aunque de forma desigual y con profundidad diversa. No hay que olvidar que cuando la poesía griega comenzó a ser conocida en Roma, tenía ya una lengua artificial, con unos signos distintivos muy claros, dialectalismos, arcaísmos, neologismos, metrismos, que se usaban más o menos en casi todos los géneros y les procuraban una estabilidad lingüística. Podemos afirmar que en la tradición poética latina, en que, como hemos dicho, la imitatio es ley, el proceso de formación de la lengua poética se desarrolla de modo semejante a la constitución de la lengua poética griega.

Al observar la tradición literaria latina y sus modelos, podremos entresacar ciertos rasgos definitorios de un lenguaje poético, teniendo en cuenta que, si bien aparecen testimonios de la poesía latina más arcaica con el Saturnio de Livio Andrónico y Nevio, el acontecimiento más importante para esta lengua fue la obra de Ennio, capaz de reproducir el hexametromérico para la creación del epos nacional en los Anales. Ya los gramáticos y rétores romanos afirmaron que existía una oposición entre la lengua de la prosa y la de la poesía. El poeta dispone de un repertorio distinto del que utiliza el prosista.

El factor del metro es importante, pero no único. ¿Cuál es, en definitiva, la naturaleza de esta oposición? El material más adecuado para su estudio lo constituye en la poesía épica y didáctica y la lírica. En efecto, la tragedia nos ha dejado escasos fragmentos.

La comedia sólo nos refiere a la lengua poética cuando hace su parodia, pues habitualmente utiliza la lengua de uso. Y la lengua de las sátiras y de las epístolas están también muy próximas al lenguaje corriente. Tras observar el material de estas fuentes, llegamos a la conclusión de que la oposición entre la lengua de la prosa y la lengua poética no se limita al léxico, sino que afecta también a las categorías de la fonética, morfología y sintaxis.

A continuación, detallaremos los puntos de oposición más significativos en estas categorías. En fonética, como rasgos distintivos dentro de la lengua poética podemos considerar a el alargamiento inmotivado de una sílaba breve. En efecto, una sílaba con cantidad vocálica breve terminada en consonante puede medirse como larga aunque la palabra siguiente empiece con vocal.

O una sílaba final de suyo breve puede alargarse ante palabras de inicial consonántica o muda mas lírica. Este uso, basado en un tipo de palabras que en tiempo de etnio ofrecían un final en ankeps, como las que presentaban sufijo en tor, genitor, y la terminación verbal en at, ponebat, se encontró apoyado por el uso griego y la necesidad métrica. Tuvo gran vigencia en etnio y virgilio, decayendo posteriormente.

b. El uso de las sinicesis, es decir, la pronunciación en un solo golpe de voz de dos vocales habitualmente pronunciadas en hiato. Este fenómeno se hace de regla en el momento que lo exigen las necesidades métricas. En conexión con este fenómeno, hemos de señalar la pronunciación consonántica de las vocales i, u, tan usual en virgilio, en las palabras abiete o parietibus.

Esta licencia consigue que una palabra de cuatro sílabas breves se transforme en dactílica. Por el contrario, en ocasiones, dos vocales habitualmente en diptongo se pronuncian como bisílabo, así en etnio o lucrecio, cuando utilizan los genitivos arcaicos de los temas en a o en o, como siluai o frondosai. En el campo de la morfología podemos señalar una gran cantidad de rasgos distintivos, pero hemos de tener en cuenta que la enorme diversidad observada en etnio y lucrecio se va reduciendo posteriormente, dado el grave desorden que suscita dentro de una lengua la excesiva libertad en este campo.

Agruparemos los más significativos en cuatro tipos. A. El uso de dos juegos de desinencias para el mismo caso, así el uso de los genitivos singulares arcaicos tipo siluai frente a siluai, o de los genitivos plurales en um, deum, frente a los usuales en orum, deorum. Este último, concretamente, se vio favorecido por la necesidad métrica en palabras largas y en los compuestos de los sufijos cola y guena.

De modo semejante, se podrían utilizar indistintamente desinencias e o i para el ablativo singular de la tercera declinación, sin tener en cuenta si se trataba de un tema en i o de un tema en consonante. Así podrían aparecer, sin distinción de ningún tipo, las formas cápite frente a cápiti o xilique frente a xiliqui. B. El uso de dos juegos de desinencias para una misma forma verbal.

Así pueden aparecer un infinitivo de presente pasivo en ier, terminación que utilizada en antiguos documentos en prosa y en plauto fue suplantada en la prosa literaria por la i final o por la desinencia ri. En cuanto a la tercera persona del plural del indicativo perfecto, en latín poseía dos desinencias antiguas, en ere con e larga y en erum con e breve. Y otra más reciente, producto de contaminación, en erum con e larga.

La lengua poética prefirió siempre la antigua desinencia en ere con e larga. C. Duplicidad de declinación para un mismo término. Así, en Lucrecio puede aparecer materia junto a materies, cornus junto a cornu o el adjetivo sterilus frente a sterilis.

D. El uso de antiguos verbos temáticos y radicales frente a los derivados posteriores. Así, sonere frente a sonare o fulgere frente a fulgere. Virgilio inicia en este campo una tendencia a la normalización que fue plenamente incorporada por sus sucesores.

En el autor de la Eneida, las variaciones se reducen al uso de los genitivos en hay y en un y a la aparición esporádica de algunos infinitivos en ir o algunas formas como ferguere o fulgere. En el área de la sintaxis, anotamos los siguientes puntos. A. El frecuente uso del plural poético.

Formas que se utilizan sin que se establezca ninguna diferencia de significado con respecto al singular correspondiente. Dentro de este apartado, son particularmente importantes los usos plurales de conceptos cuyo significado se puede considerar compuesto de varios elementos. Así, por ejemplo, se ha constatado que Lucrecio, Horacio, Virgilio, Tibulo y Propercio utilizan huina para el nominativo y acusativo, pero huino y huini para dativo-hablativo y genitivo.

B. Como fenómeno correlativo al uso del plural poético, podemos señalar la preferencia por singulares a partir del periodo augusteo. Así encontramos en Virgilio armato milite, que designa al colectivo de los soldados. Quizá se busca en este uso una mayor expresividad frente al más riguroso análisis de la prosa literaria.

C. Extensión del dativo tras verbos de movimiento al modo del homérico aidi-proyapsem. Según Marusó, este dativo, que aparece en la antigua fórmula citada por Festo, holus quiris leto datus, representa la supervivencia de un modo antiguo al que la poesía revitalizará apoyándose en el caso de los dativos dependientes de verbos compuestos de preposición y en los escritores helénicos. Por otra parte, esta construcción ofrece una triple ventaja a los poetas, ya que opta por un uso sintético frente a la tendencia a la lengua popular, respeta un arcaísmo y dispensa del uso de la preposición que siempre resulta un poco embarazosa en la métrica.

D. El uso del acusativo de relación de vida totalmente artificial. Depende en principio de participios perfectos y tiene su antecedente en expresiones arcaicas del tipo Induitus Palan. Su extensión ulterior, acompañando igualmente adjetivos y adverbios, se debe al influjo griego y alcanzó gran fortuna en la época augustea.

E. El uso más libre del infinitivo con verbos de movimiento, con dare y con verbos causativos, como horare y otros. Este es un empleo que aparece ya en la lengua arcaica, sostenido posteriormente por modelos griegos. Como un puro helenismo, por el contrario, hemos de considerar el uso del infinitivo en lugar del gerundio, como en Eneida 6.133. Sitanta cupido bis stigios in nare lacus.

O el uso de construcciones del tipo kernere erat, calco del griego en Idein. F. El uso del indicativo en lugar del subjuntivo en las oraciones interrogativas indirectas resulta también de la revitalización de un modo arcaico con el apoyo de los modelos griegos. Por ejemplo, en Eneida 6.614. Si nos adentramos en el campo de la sintaxis del período, podemos constatar que la lengua poética se diferencia de la lengua de la prosa literaria porque la primera utiliza más bien oraciones principales y parataxis frente a la hipotaxis que la asterística de una lengua que busca ante todo la exactitud en la relación de los pensamientos que se expresan, sin dejar juego a la imaginación.

Por otra parte, con la parataxis, el poeta evita el uso de elementos sintácticos vacíos y de participios que tienen un aire más popular. Precisadas ya una serie de particularidades en los campos fonético, morfológico y sintáctico que miran a la estructura misma de la lengua, pasaremos a considerar los rasgos propios del léxico de la lengua poética. Según la teoría de Aristóteles, la lengua poética se distingue de la lengua de uso por el empleo más abundante de glosemas, neologismos y compuestos.

Consideraremos ahora de qué modo se reflejan estas teorías tan conocidas en Roma en los autores latinos. Si consideramos los glosemas, palabras oscuras que no son utilizadas y comprendidas por todo el mundo, podríamos reunir bajo este lema términos de origen distinto, como expresiones poéticas del tipo ensis o amnis, palabras técnicas, dialectalismos…

Varias razones pueden guiar a un escritor hacia la elección de términos de estas características. Una de ellas, quizá, la pobreza de denominaciones para ámbitos culturales más evolucionados, pero, sobre todo, la razón última del poeta surge del deseo de reclamar la atención y suscitar la admiración del oyente o lector.

Los poetas que en la tradición latina acuden más frecuentemente al uso de glosemas son los arcaicos, Ennio, Cicerón y Lucrecio, que, precisamente en su derrerum natura, recurre a ellos en las partes más estrictamente poéticas y los desdeña en las partes más didácticas. Dentro de este ámbito merecen mención aparte los estrasquerismos y, más concretamente, los helenismos, que pronto tomaron carta de naturaleza en la poesía latina. Cicerón aconseja que no se utilicen términos griegos cuando existen otros latinos adecuados.

Pero el hecho es que los helenismos aparecen incluso en la lengua de la comedia, tan cercana a la lengua de uso, ya que los navegantes, los hombres de negocios, los esclavos, sufrieron constantemente el influjo de la lengua griega. Quintiliano afirma que el poeta puede utilizar términos griegos con el fin de embellecer su propia lengua y, de hecho, a partir de Ennio, se consideran características de la lengua poética como lo demuestra el hecho de que Horacio los emplea en gran número en la lírica y escasamente en los sermones. En este mismo sentido, es importante también para la caracterización de esta lengua el uso de los arcaísmos.

Quintiliano afirma que la Antiquitas confiere a la palabra una mayor dignidad. Los poetas más antiguos hicieron gran uso de estos términos. Virgilio es más ponderado y abandona un poco los arcaísmos morfológicos en favor de los léxicos, usando sobre todo términos ya consagrados por sus antecesores.

Así, el verbo quieo, raro ya en época republicana, sustituido en la lengua de uso por el frecuentativo quito o gradior, sustituido posteriormente por ingredior. Con respecto a los neologismos, es también claro que pueden marcar una diferenciación con respecto a la lengua común y que en la lengua poética intentan una mayor expresividad. Mientras que César avisa En la cooperación de ambos pasajes se aprecia claramente la oposición entre el uso de la lengua de la prosa literaria y de la lengua poética.

De todos modos, Horacio también advierte que en la formación de neologismos se ha de proceder con discreción y que tendrán mayor autoridad aquellas nuevas formaciones que procedan de fuentes griegas. Para subrayar la vinculación de este tipo de formas con la lengua de la poesía, señalaremos que Horacio las utiliza con generosidad en las odas, mientras que en los sermones su número es muy reducido. En cuanto al uso de compuestos, no ha sido demasiado aceptado por la poesía latina.

Entendemos por compuestos los términos que surgen de dos palabras que tienen cada una significado autónomo, por oposición a las composiciones que presentan prefijos, en cuyo caso el prefijo no hace más que modificar, reforzar o negar el contenido semántico del segundo miembro. Quintiliano, hablando de la formación y uso del compuesto, dice Y efectivamente, este procedimiento se vio como menos conforme al espíritu de la lengua latina. Con todo, los

compuestos mejor aceptados fueron aquellos que presentaban un elemento verbal en el segundo término, como omnipotens o risonus.

Como excepción, hemos de señalar el uso de los trágicos arcaicos y de los neotéricos, que bajo el influjo griego se concedieron en este campo una mayor libertad. Los poetas augusteos, por el contrario, son muy comedidos a este respecto y Virgilio presenta pocas formaciones que pudiéramos considerar un poco audaces, como longaeus, aquaeus, armisonus... En algún caso, la formación de un compuesto tiene como objeto la mejor adaptación de un concepto al esquema métrico. Así en Lucrecio leemos En definitiva, los compuestos, si bien no son recursos totalmente integrados en la formación de la lengua poética, aparecen cumpliendo una doble misión, prestar a la lengua una mayor expresividad y conseguir una más perfecta adaptación de la lengua al métro.

Además de estos rasgos distintivos que sin duda nos han servido para la caracterización de la lengua de la poesía latina, conviene también señalar la importancia de la palabra en sí, susceptible siempre de elección por parte del poeta. La palabra interesa, y especialmente en una poesía de expresión oral como es la latina, bien por su volumen, brevedad o longitud, bien por su composición fónica, vocales y consonantes según su naturaleza y dosificación. El aspecto gráfico de la palabra no interviene en cuanto que el oído es el único juez.

Entre los diferentes tipos de palabras al alcance del poeta, quedan especialmente señaladas en cuanto a su dimensión, los monosílabos y las palabras de longitud excesiva con respecto a las dimensiones normales en latín, dos, tres o a lo sumo cuatro sílabas. Con respecto a los monosílabos, Quintiliano en su Institutio Oratoria nos dice monosílaba, si plurasum, male, continuabuntur. Es decir, varios monosílabos seguidos harán mal efecto.

Podemos fácilmente comprobar que en latín los versos más solemnes o de mayor efecto no presentan monosílabos en serie, y si aparece alguno, suele pertenecer a la categoría de las palabras que llamamos accesorias. Sin embargo, también el monosílabo puede adquirir un valor estilístico muy señalado, cuando queriendo el poeta poner de relieve la noción expresada por dicha palabra, la coloca en el final de verso, lugar inhabitual para términos de tales dimensiones. Así Horacio, en Ars poética 139, escribe parturient montes nascetur ridiculus mus.

Los montes están de parto, nacerá un ridículo ratón. En cuanto a los vocablos de 5, 6 o 7 sílabas, Quintiliano desaconseja al orador su empleo, porque pueden dar impresión de poca fluidez en la locución, dicendi tarditas, y especialmente si se sitúan en final de frase. Para la poesía, el retorno latino se muestra aún más exigente, pues condena no sólo las palabras de 5 sílabas, como tindaridum, sino también las de 4, como apennino.

Sin embargo, el poeta puede procurarse palabras largas con intención de conseguir determinados efectos estilísticos. Así Horacio, en la oda 330, versos 3 al 5, utiliza un término muy largo en final de verso, un adjetivo de 6 sílabas que llena por sí sólo un hemisticio, para subrayar una impresión de eternidad, de tiempo interminable. Que no podrían destruir ni la voraz lluvia, ni el desenfrenado aquilón, ni la cadena innumerable de los años.

Cthulhu utiliza también este recurso en su poema 64, versos del 113 al 115. Herrabunda dice, Dirigiendo sus pasos errantes con la ayuda de un hilo ligero, para que el desconocimiento del inestricable edificio no le impidiera salir de los laberínticos recodos. Por la secuencia de cuatro palabras de grandes dimensiones, en tan sólo unos días, en tan sólo dos versos, el poeta quiere hacer patentes los interminables meandros del laberinto de los osos.

En cuanto al colorido fónico de las palabras, son más apreciadas en latín aquellas que presentan mayor sonoridad, en virtud del mayor número de vocales que las integran. Así Quintiliano, en la Institutia Oratoria, presenta la sonoridad como criterio para la elección entre dos sinónimos. También en razón de su sonoridad alcanzan gran éxito las palabras griegas, como atestigua Quintiliano.

El griego es tan superior en armonía en latín que nuestros poetas, cuantas veces quieren hacer un poema suave, lo embellecen con nombres griegos. En definitiva, la lengua poética latina, si bien no presenta unas formas lingüísticas rigurosamente reguladas, presenta unas características especiales en comparación con la lengua de uso y constituye una unidad, sobre todo a partir de los poetas de la edad de Augusto, Virgilio, Horacio y Ovidio. Esta lengua, nacida con etnio al verter en el exámetro homérico el epos nacional romano, llegará a través de los siglos hasta los autores del Renacimiento, pasando por esa edad tardía de los autores cristianos en los que aún podemos detectar tanto material lingüístico procedente de Virgilio.

La profesora María Luisa Rivas del Departamento de Latín fue la encargada de coordinar el programa de hoy en el que colaboró Pilar Usabel, profesora también del Departamento de Lenguas Clásicas. El próximo lunes volveremos con un nuevo espacio de filología que estará dedicado a lengua griega. Gracias por su atención y buenas noches.